

Recordar, compartir, aprender

Lleida

Joan Rubí Gras, 87 años

Ángel López Peiró, 23 años

EL MONAGUILLO TRAVIESO Y EL CURA CAMINANTE

“Un día, el padre Josep Gili me dijo algo que nunca podré olvidar: el cielo es de aquellos que son ricos, tienen salud y no tienen que trabajar. El purgatorio es de aquellos que tienen salud pero tienen que trabajar para comer. Y el infierno es de los que no tienen ni salud ni trabajo”.

A los seis años de edad, en 1927, tal y como habían hecho mis cuatro hermanos mayores Pere, Amadeu, Agustí y Vicenç, entré en la escolanía de la parroquia de Santa María, la mayor de Igualada, Barcelona. En ese momento había allí 14 curas y el rector que era el padre Francesc Esquerra, que ocupó ese cargo hasta 1930 cuando fue destinado a otra población.

En plantilla estábamos seis monaguillos que cobrábamos a finales de mes en función de los actos religiosos que tenían lugar en la parroquia y por ayudar en la celebración de la misa diaria. Yo ayudaba al padre Borrás y al padre Creus, que me daban cuatro pesetas al mes, y el padre Amenós me daba tres ya que era más pobre y celebraba la eucaristía a las seis de la mañana. Nuestras obligaciones como monaguillos consistían en estudiar solfeo y teoría musical; y perfeccionar nuestra voz para cantar con la coral polifónica, entre muchas otras.

Todos los domingos por la tarde estábamos obligados a asistir a la enseñanza de la doctrina religiosa. Al finalizar esas clases, todos los niños y niñas, subíamos al campanario de la iglesia. La oscuridad era casi absoluta en las escaleras que conducían a la parte superior del campanario. Las paredes nos parecían tumbas y nuestra vívida imaginación nos permitía incluso ver en ellas, espantosas caras como si de Vélmez se tratara. Cuando nos encontrábamos a medio camino sin pensarlo dos veces apagábamos la luz y aprovechábamos la situación para tocar los muslos a las niñas con regodeo y satisfacción por la misión cumplida. Ellas se ponían a chillar como locas hasta que volvíamos a encender la luz. Aún así, siempre al siguiente domingo, las niñas nos preguntaban con gran entusiasmo si queríamos volver a subir al susodicho campanario.

El padre Juan también nos daba lecciones de comportamiento en la liturgia y los actos religiosos, como las misas solemnes y las de difuntos. Cuando había bautizos, comuniones y enlaces matrimoniales íbamos a la caza de una buena propina, y el sacristán Marcelino Guilera, que quería lo mismo que nosotros, intentaba echarnos para evitar que nos dieran nada.

Teníamos una tarjeta para poder entrar y salir de los Escolapios dónde cursábamos nuestros estudios primarios, para así poder cumplir con nuestras obligaciones con la parroquia. Obviamente, no nos decían nada si no asistíamos a clase; con este descontrol absoluto hacíamos tantos novillos como queríamos dificultando de esa manera una escolarización de calidad. Por mi parte, como mis padres trabajaban por la mañana falté mucho a clase y nos quedábamos dentro de la iglesia, donde había numerosos escondites una vez el sacristán cerraba las puertas, al finalizar las ceremonias religiosas. Cuando por fin nos encontrábamos solos aprovechábamos la ocasión para beber vino de misa, comer pasteles; subíamos al altar mayor por los soportes de madera por detrás del retablo; hacíamos las mil y una travesuras hasta la hora del angelus -las 12 del mediodía- en la que el sacristán venía a tocar las campanas.

En 1933, al cumplir 12 años, el padre Joan Crivillers me preguntó si quería estudiar la carrera de cura. Le dije que consultaría tal decisión con mi padre; él ya sabía que éste era afín a Esquerra Republicana de Catalunya; y mi padre me dijo que hiciera lo que quisiera por lo que finalmente acepté la propuesta.



Recordar, compartir, aprender

El ingreso a los estudios de primer curso era libre, o sea fuera del seminario y solo tenía que repasar los verbos en lengua española y en latín. Tenía como profesor al mismo padre Joan que me daba las clases en su casa a las dos de la tarde. A veces me dejaba estudiando y se iba a leer andando por los alrededores de Igualada y cuando volvía me preguntaba la lección. Él tenía como mayordoma a una hermana soltera que cada tarde después de fregar los platos, se marchaba a casa de una vecina y yo me quedaba solo. En la despensa el padre Juan guardaba el barrilete de vino de celebrar misa y yo echaba algún trago. Lo que sucedió es que un día me quedé dormido y cuando volvió el padre Juan de su paseo se dio cuenta que yo apostaba a vino y me despertó con una muy bien merecida bofetada. A partir de ese momento me castigó a recibir la lección mientras los dos andábamos con lo que me acostumbré a leer caminando. Un hábito que aún conservo hoy en día, por extraño que pueda parecer.

Cuando cumplí los 13 años, con la llegada de junio, me tenía que examinar para entrar en setiembre en el seminario de Vic (Barcelona). Resulta que la federación de Jóvenes Cristianos organizaba una excursión de tres días a Montserrat y yo estaba ansioso por ir, pero el padre Joan me dijo que no podía porque tenía que preparar bien los exámenes.

Con total tranquilidad y serenidad mentí en casa y les dije que el padre Juan me autorizaba a ir. Como tampoco iba a clase, el padre Joan fue un día a mi casa a preguntar qué sucedía y entonces fue cuando descubrieron el engaño y me expulsaron de la escolanía.

Pero en realidad mi mentira no se debía solo a mis ganas de pasarlo bien en Montserrat unos días sino a algo mucho más trascendental. Cuando el padre Joan me comunicó que en septiembre yo tenía que entrar en el seminario me dijo que debía llevar dos trajes negros, toda la ropa de la cama y mis utensilios de higiene personal. Se lo comenté a mi padre y éste me dijo que ya que el cura me pagaba la carrera, me tenía que pagar también los otros gastos, pero yo no fui suficientemente valiente como para decirle eso al padre Juan y le saqué como excusa que no tenía vocación para cura. En realidad, estaba muy confundido en relación a mi supuesta vocación, tenía un gran lío mental respecto a temas como la inmortalidad del alma, el origen de la vida, la consagración del cuerpo y la sangre de Jesucristo, la invisibilidad de Dios. Había demasiadas cosas que me hacían dudar.

El padre Josep Gili, el más viejo de todos y probablemente el más sabio, los lunes siempre me preguntaba sobre la película que yo había ido a ver durante el fin de semana. Recuerdo que en una ocasión fui a ver un film llamado El hombre invisible. Cuando se lo conté se enojó enormemente y mostró su repulsa hacia tal título argumentando, rebotante de indignación, que indivisible sólo lo es Dios.

En las clases de doctrina se nos solía decir que en primer lugar teníamos que amar a Dios y después a nuestros padres. Yo ante tal tesis pensaba, ¡y un carajo!, primero amaré a mis padres. Un día, este mismo cura me dijo algo que nunca podré olvidar: el cielo es de aquellos que son ricos, tienen salud y no tienen que trabajar; el purgatorio es de aquellos que tienen salud pero tienen que trabajar para comer; y el infierno es de los que no tienen ni salud ni trabajo.

En un terreno más sociopolítico me veo obligado a explicar que me sorprendía negativamente comprobar por medio de mi escolanía que los curas estaban muy separados por los ideales políticos en esos tiempos. Los padres Crivillers, Malats, Gili, Creus i Forns tenían ideología separatista y leían el periódico El Matí, en catalán. Debo mencionar también el padre Josep Forns quien fue premiado por un libro que presentó a las Lletres Catalanes. Tal mérito fue publicado en el boletín oficial de la Generalitat de Catalunya pero desgraciadamente él nunca pudo recoger el premio porque fue asesinado durante los primeros días después del golpe franquista.

En otro lado del espectro ideológico por ejemplo se encontraba el padre Amadeu Amenos que leía El Correo Catalán, tenía ideas carlistas y frecuentaba el Centro Carlista de Igualada. Este cura me propuso una vez participar en una función de teatro en el centro carlista, y yo accedí y fui. En cuanto el padre Joan se enteró me dio una bofetada mientras advertía que yo no tenía que hacer nada en ese sitio y ni siquiera plantearme

Recordar, compartir, aprender

volver nunca allí. Lo quisiera o no, en esos años de cambios y convulsiones sociales y políticas, fui testigo de excepción, aunque sin ser muy consciente de ello, de unos momentos de tensión con el ambiente muy enrarecido que dejaban entrever la tragedia que partiría el corazón de España. Aun así, todo eso no impidió que ésta, la de monaguillo, fuera uno de las épocas más felices y interesantes de mi vida que puedo recordar hoy en día. Supongo que la inocencia y la precocidad, que no estupidez o ineptitud, tuvieron mucho que ver con ello; y supongo que ya comprendo porque a lo largo de mi vida me he sabido espabilar, por mí mismo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Joan Rubí, a sus 88 años, es un anciano muy divertido con un espíritu joven y que rebosa alegría y mucha felicidad, así como satisfacción por los deberes bien hechos tras una larga vida llena de aventuras y desventuras. Es un hombre muy afortunado, entre muchas otras razones, por el hecho de que a su edad conserva una extraordinaria capacidad para recordar con gran detalle los principales acontecimientos que han marcado su vida y también muchos de los pequeños detalles, que según él son los que nos hacen verdaderamente felices.

Él, por sí mismo, es un claro ejemplo que nos ilustra por qué merece la pena vivir. Para Joan, dar importancia y valorar todo lo que tienes y has conseguido con esfuerzo y dedicación, comprender que tener una familia de seres queridos a tu lado que te entregan su amor es algo maravilloso; y ser siempre optimista son algunas de las claves que nos llevarán a la felicidad y a entender que la vida, aunque puede ser muy dura, es en realidad maravillosa.

Me explica que él siempre ha sabido discernir perfectamente entre lo que era el bien y el mal, pero que en muchas ocasiones ha caído en la tentación cometiendo pequeñas malicias y errores que le han traído problemas; no por eso ha dejado nunca de ser feliz o le han faltado ganas de seguir adelante.

Este abuelete dicharachero que no esconde su carácter travieso, pícaro, desvergonzado y que emana sinceridad, honestidad y humildad como una fuente inagotable de vida, cree que si estamos en este mundo es para disfrutar y que cabe hacerlo todos los días desde que sale el sol hasta que se pone.

Cree que la vida merece la pena por muchas razones de peso pero una de ellas es la posibilidad que tenemos de disfrutar con y de las pequeñas cosas. Pone como ejemplo las sensaciones que nos puede aportar la contemplación de la vegetación, los animales, las transformaciones de la naturaleza como la llegada del otoño, el arcoíris, etc.

Hace un apunte muy interesante cuando me explica que antaño los fenómenos naturales en general eran vistos como un castigo divino cuando en realidad son algo bueno inherente a nuestra realidad, según su visión. Está convencido que nuestras vidas tienen que transcurrir en total armonía con la naturaleza que nos rodea.

Confiesa que siempre ha estado de suerte y sin buscarlo. Nunca ha tenido una fe ciega absoluta en Dios tal como lo entiende la doctrina católica pero durante gran parte de su vida ha creído que ha tenido a su lado a un ángel de la guarda allanándole un poco el camino. Un concepto, el del ángel que no se atreve a definir, pero que vincula en cierto modo al destino, a la fortuna o también a algún tipo de existencia superior alejada de lo tangible que su cerebro no puede llegar a descifrar o comprender, pero que en ningún caso se corresponde con una creencia catalogable como religiosa. Ese convencimiento quedó sobre todo reforzado cuando hace unos 40 años contrajo el tifus y estuvo cerca de la muerte, que finalmente pasó de largo porque él quería vivir y nunca dejó de creer que saldría adelante. El ángel nunca le ha dejado solo. Siempre ha estado allí para ayudarlo a entender que merece la pena vivir, y mucho.